

# Romances

Federico García Lorca

***Free***editorial 

## Romance de Don Boyso

Camina Don Boyso  
mañanita fría  
a tierra de moros  
a buscar amiga.  
Hallóla lavando  
en la fuente fría.  
?¿Qué haces ahí, mora,  
hija de judía?  
Deja a mí caballo  
beber agua fría.  
?Reviente el caballo  
y quien lo traía,  
que yo no soy mora  
ni hija de judía.  
Soy una cristiana  
que aquí estoy cativa.  
?Si fueras cristiana,  
yo te llevaría  
y en paños de seda  
yo te envolvería,  
pero si eres mora  
yo te dejaría.

Montóla a caballo  
por ver qué decía;  
en las siete leguas  
no hablara la niña.  
Al pasar un campo  
de verdes olivas  
por aquellos prados  
qué llantos hacía.  
?¡Ay, prados! ¡Ay, prados!  
prados de mi vida.  
Cuando el rey, mi padre,  
plantó aquí esta oliva,

él se la plantara,  
yo se la tenía,  
la reina, mi madre,  
la seda torcía,  
mi hermano, Don Boyso,  
los toros corría.  
?¿Y cómo te llamas?  
?Yo soy Rosalinda,  
que así me pusieron  
porque al ser nacida  
una linda rosa  
n'el pecho tenía.  
?Pues tú, por las señas,  
mi hermana serías.  
Abre la mi madre  
puertas de alegría,  
por traerla nuera  
le traigo su hija.

# Romance de la guardia civil española

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos,  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
La luna y la calabaza  
con las guindas en conserva.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vió y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle,  
con las torres de canela.

Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas  
forjaban soles y flechas.

Un caballo malherido,  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento, vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa,  
en la noche platinoche  
noche, que noche nochera.

La Virgen y San José  
perdieron sus castañuelas,  
y buscan a los gitanos  
para ver si las encuentran.  
La Virgen viene vestida  
con un traje de alcaldesa,  
de papel de chocolate  
con los collares de almendras.  
San José mueve los brazos  
bajo una capa de seda.  
Detrás va Pedro Domecq  
con tres sultanes de Persia.  
La media luna, soñaba  
un éxtasis de cigüeña.  
Estandartes y faroles  
invaden las azoteas.  
Por los espejos sollozan  
bailarinas sin caderas.  
Agua y sombra, sombra y agua  
por Jerez de la Frontera.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
Apaga tus verdes luces

que viene la benemérita.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Dejadla lejos del mar,  
sin peines para sus crenchas.

Avanzan de dos en fondo  
a la ciudad de la fiesta.  
Un rumor de siemprevivas  
invade las cartucheras.  
Avanzan de dos en fondo.  
Doble nocturno de tela.  
El cielo, se les antoja,  
una vitrina de espuelas.

La ciudad libre de miedo,  
multiplicaba sus puertas.  
Cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ellas.  
Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas  
se disfrazó de noviembre  
para no infundir sospechas.  
Un vuelo de gritos largos  
se levantó en las veletas.  
Los sables cortan las brisas  
que los cascos atropellan.  
Por las calles de penumbra  
huyen las gitanas viejas  
con los caballos dormidos  
y las orzas de monedas.  
Por las calles empinadas  
suben las capas siniestras,

dejando detrás fugaces  
remolinos de tijeras.  
En el portal de Belén  
los gitanos se congregan.  
San José, lleno de heridas,  
amortaja a una doncella.  
Tercos fusiles agudos  
por toda la noche suenan.  
La Virgen cura a los niños  
con salivilla de estrella.  
Pero la Guardia Civil  
avanza sembrando hogueras,  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema.  
Rosa la de los Camborios,  
gime sentada en su puerta  
con sus dos pechos cortados  
puestos en una bandeja.  
Y otras muchachas corrían  
perseguidas por sus trenzas,  
en un aire donde estallan  
rosas de pólvora negra.  
Cuando todos los tejados  
eran surcos en la tierra,  
el alba meció sus hombros  
en largo perfil de piedra.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
La Guardia Civil se aleja  
por un túnel de silencio  
mientras las llamas te cercan.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?

Que te busquen en mi frente.  
juego de luna y arena.



## Romance de la luna

La luna vino a la fragua  
con su polisón de nardos.  
El niño la mira mira.  
El niño la está mirando.

En el aire conmovido  
mueve la luna sus brazos  
y enseña, lúbrica y pura,  
sus senos de duro estaño.

Huye luna, luna, luna.  
Si vinieran los gitanos,  
harían con tu corazón  
collares y anillos blancos.

Niño déjame que baile.  
Cuando vengan los gitanos,  
te encontrarán sobre el yunque  
con los ojillos cerrados.

Huye luna, luna, luna,  
que ya siento sus caballos.  
Niño déjame, no pises,  
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba  
tocando el tambor del llano.  
Dentro de la fragua el niño,  
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.

¡Cómo canta la zumaya,  
ay como canta en el árbol!  
Por el cielo va la luna  
con el niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,  
dando gritos, los gitanos.  
El aire la vela, vela.  
el aire la está velando.

## Romance de la pena negra

Las piquetas de los gallos  
cavan buscando la aurora,  
cuando por el monte oscuro  
baja Soledad Montoya.  
Cobre amarillo, su carne,  
huele a caballo y a sombra.  
Yunques ahumados sus pechos,  
gimen canciones redondas.  
Soledad, ¿por quién preguntas  
sin compañía y a estas horas?  
Pregunte por quien pregunte,  
dime: ¿a ti qué se te importa?  
Vengo a buscar lo que busco,  
mi alegría y mi persona.  
Soledad de mis pesares,  
caballo que se desboca,  
al fin encuentra la mar  
y se lo tragan las olas.  
No me recuerdes el mar,  
que la pena negra, brota  
en las tierras de aceituna  
bajo el rumor de las hojas.  
¡Soledad, qué pena tienes!  
¡Qué pena tan lastimosa!  
Lloras zumo de limón  
agrio de espera y de boca.  
¡Qué pena tan grande! Corro  
mi casa como una loca,  
mis dos trenzas por el suelo,  
de la cocina a la alcoba.  
¡Qué pena! Me estoy poniendo  
de azabache carne y ropa.  
¡Ay, mis camisas de hilo!  
¡Ay, mis muslos de amapola!

Soledad: lava tu cuerpo  
con agua de las alondras,  
y deja tu corazón  
en paz, Soledad Montoya.

Por abajo canta el río:  
volante de cielo y hojas.  
Con flores de calabaza,  
la nueva luz se corona.  
¡Oh pena de los gitanos!  
Pena limpia y siempre sola.  
¡Oh pena de cauce oculto  
y madrugada remota!

## Romance del emplazado

¡Mi soledad sin descanso!  
Ojos chicos de mi cuerpo  
y grandes de mi caballo,  
no se cierran por la noche  
ni miran al otro lado,  
donde se aleja tranquilo  
un sueño de trece barcos.  
Sino que, limpios y duros  
escuderos desvelados,  
mis ojos miran un norte  
de metales y peñascos,  
donde mi cuerpo sin venas  
consulta naipes helados.

Los densos bueyes del agua  
embisten a los muchachos  
que se bañan en las lunas  
de sus cuernos ondulados.  
Y los martillos cantaban  
sobre los yunques sonámbulos,  
el insomnio del jinete  
y el insomnio del caballo.

El veinticinco de junio  
le dijeron a el Amargo:  
Ya puedes cortar si gustas  
las adelfas de tu patio.  
Pinta una cruz en la puerta  
y pon tu nombre debajo,  
porque cicutas y ortigas

nacerán en tu costado,  
y agujas de cal mojada  
te morderán los zapatos.

Será de noche, en lo oscuro,  
por los montes imantados,  
donde los bueyes del agua  
beben los juncos soñando.  
Pide luces y campanas.  
Aprende a cruzar las manos,  
y gusta los aires fríos  
de metales y peñascos.  
Porque dentro de dos meses  
yacerás amortajado.

Espadón de nebulosa  
mueve en el aire Santiago.  
Grave silencio, de espalda,  
manaba el cielo combado.

El veinticinco de junio  
abrió sus ojos Amargo,  
y el veinticinco de agosto  
se tendió para cerrarlos.  
Hombres bajaban la calle  
para ver al emplazado,  
que fijaba sobre el muro  
su soledad con descanso.  
Y la sábana impecable,  
de duro acento romano,

daba equilibrio a la muerte  
con las rectas de sus paños.

# Romance Histórico I. Martirio de Santa Olalla

Por la calle brinca y corre  
caballo de larga cola,  
mientras juegan o dormitan  
viejos soldados de Roma.  
Medio monte de Minervas  
abre sus brazos sin hojas.  
Agua en vilo redoraba  
las aristas de las rocas.  
Noche de torsos yacentes  
y estrellas de nariz rota  
aguarda grietas del alba  
para derrumbarse toda.  
De cuando en cuando sonaban  
blasfemias de cresta roja.  
Al gemir, la santa niña  
quiebra el cristal de las copas.  
La rueda afila cuchillos  
y garfios de aguda comba.  
Brama el toro de los yunques,  
y Mérida se corona  
de nardos casi despiertos  
y tallos de zarzamora.

II

## EL MARTIRIO

Flora desnuda se sube  
por escalerillas de agua.  
El Cónsul pide bandeja  
para los senos de Olalla.  
Un chorro de venas verdes  
le brota de la garganta.  
Su sexo tiembla enredado



como un pájaro en las zarzas.  
Por el suelo, ya sin norma,  
brincan sus manos cortadas  
que aún pueden cruzarse en tenue  
oración decapitada.  
Por los rojos agujeros  
donde sus pechos estaban  
se ven cielos diminutos  
y arroyos de leche blanca.  
Mil arbolillos de sangre  
le cubren toda la espalda  
y oponen húmedos troncos  
al bisturí de las llamas.  
Centuriones amarillos  
de carne gris, desvelada,  
llegan al cielo sonando  
sus armaduras de plata.  
Y mientras vibra confusa  
pasión de crines y espadas,  
el Cónsul porta en bandeja  
senos ahumados de Olalla.

### III

#### INFIERNO Y GLORIA

Nieve ondulada reposa.  
Olalla pende del árbol.  
Su desnudo de carbón  
tizna los aires helados.  
Noche tirante reluce.  
Olalla muerta en el árbol.  
Tinteros de las ciudades  
vuelcan la tinta despacio.  
Negros maniqués de sastre  
cubren la nieve del campo  
en largas filas que gimen

su silencio mutilado.  
Nieve partida comienza.  
Olalla blanca en el árbol.  
Escuadras de níquel juntan  
los picos en su costado.

Una Custodia reluce  
sobre los cielos quemados  
entre gargantas de arroyo  
y ruisseños en ramos.  
¡Saltan vidrios de colores!  
Olalla blanca en lo blanco.  
Ángeles y serafines  
dicen: Santo, Santo, Santo.

## Romance sonámbulo

Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
y el caballo en la montaña.  
Con la sombra en la cintura  
ella sueña en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Verde que te quiero verde.  
Bajo la luna gitana,  
las cosas le están mirando  
y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde.  
Grandes estrellas de escarcha,  
vienen con el pez de sombra  
que abre el camino del alba.  
La higuera frota su viento  
con la lija de sus ramas,  
y el monte, gato garduño,  
eriza sus pitas agrias.  
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?  
Ella sigue en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
soñando en la mar amarga.

Compadre, quiero cambiar  
mi caballo por su casa,  
mi montura por su espejo,  
mi cuchillo por su manta.  
Compadre, vengo sangrando,

desde los montes de Cabra.  
Si yo pudiera, mocito,  
ese trato se cerraba.  
Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Compadre, quiero morir  
decentemente en mi cama.  
De acero, si puede ser,  
con las sábanas de holanda.  
¿No ves la herida que tengo  
desde el pecho a la garganta?  
Trescientas rosas morenas  
lleva tu pechera blanca.  
Tu sangre rezuma y huele  
alrededor de tu faja.  
Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Dejadme subir al menos  
hasta las altas barandas,  
dejadme subir, dejadme,  
hasta las verdes barandas.  
Barandales de la luna  
por donde retumba el agua.

Ya suben los dos compadres  
hacia las altas barandas.  
Dejando un rastro de sangre.  
Dejando un rastro de lágrimas.  
Temblaban en los tejados  
farolillos de hojalata.  
Mil panderos de cristal,  
herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,  
verde viento, verdes ramas.  
Los dos compadres subieron.  
El largo viento, dejaba  
en la boca un raro gusto  
de hiel, de menta y de albahaca.  
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?  
¿Dónde está mi niña amarga?  
¡Cuántas veces te esperó!  
¡Cuántas veces te esperara,  
cara fresca, negro pelo,  
en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe  
se mecía la gitana.  
Verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Un carámbano de luna  
la sostiene sobre el agua.  
La noche su puso íntima  
como una pequeña plaza.  
Guardias civiles borrachos,  
en la puerta golpeaban.  
Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar.  
Y el caballo en la montaña.

**Freeditorial** 